POR UNA FORTUNA UNA CRUZ.

ó POR

Un cuaderno de disparates en patrones.

Entiendes Fabio lo que voy diciendo?

Como somos mas aficionados á las matemáticas que á la literatura empezamos esta critica con una regla de proporcion ó con mas si se nos ocurre.

Marcelina Almeida es á la novela lo que Segades á los cigarros, por que así como de las manos de Segades no sale un cigarro bueno, de la cabeza de Marcelina no esperamos tampoco novela buena.

El artista ingles del jardin da Buero es á la música, lo que Marcelina á los signos ortográficos, por que así como aquel canta las notas en baturrillo, esta siembra las comas, puntos y comas, dos puntos y puntos finales, de modo que no pueda digerirlas el lector.

Pero chiton! que se nos enoja el vate de anteojos, ese vate que queria ver la estrella de Marcelina, sin reparar que puede estar eclipsada; ese vate que la llama maná de la rica miel, aunque nosotros la creamos purga de señ y maná.

Vamos á nuestro objeto.

Asi en los tiempos antiguos como en los modernos hubo y hay mugeres célebres, y ya que de novela tratamos, recordaremos á las contemporaneas Jorge Sand, Enriqueta la autora del tio Tom, Gertrudiz Gomez de Avellaneda, Carolina Coronado y Maria del Pilar Sinues de Marco. Pero ¿que son estas pobrecitas al lado del genio portentoso de la hija de Apolo y de Minerva segun llama el vate de anteojos á Da. Marcelina? Nada.

La novela por una fortuna una cruz desde su título hasta el último renglon de su primera entrega que es todo lo que hemos visto hasta hoy, pertenece á esa clase de obras que por muy claras nadie las entiende, por muy tontas todos las buscan (se entiende para reirse) y en este sentido se hará clásica como los versos de D. Pepito el de la cañuela, las novelas de Biosca, las endechas de Garibay y los cuadros de Camargo.

Quiéren nuestros lectores saber el fin moral de la obra que nos ocupa? Preguntenselo á la autora, pues por nuestra parte la única moralidad que descubrimos es la de que una cabeza que produce tales y tantos fenómenos debe estar fenomenalmente construida, y digna de mecerse sobre las que meditan en la quinta de Yilardebó.

Quiéren unidad de lugar?

Existe en la misma proporcion que la de los antipodas.

Quiéren unidad de acción?

Esto seria tontera, pues á Da. Marcelina le agrada la variedad de las pasiones, de los genios, del lenguaje, y hasta de los sexos.

Para que se vea si hay ó no razon en lo que decimos vamos á transcribir algunos párrafos de la novela parto, que metió tanto ruido, pues creemos que es el único modo de decir algo en vista de que Da. Marcelina tuvo buen cuidado de que su obra no se pudiese criticar.

1.—«Esta conversacion inédita de Inés no dejaba de ser verdad porque era inédita testo á mil autores sobre esto.»

Apostamos una chirivía á que ni el mismo vate de anteojos nos descifra esta charada.

2.—«Claudio, era el compendio de su ideal: no su ideal mismo. Pero era joven: la amaba locamente: ella no creia engañarse amandole por su parte con ceguera; y despues al lado de Mr. Pierre Lemaitre, otro menos á proposito que Claudio habria bastado para hacerla jurar que moria de él y por él.»

De toda esta ensalada, cuya puntuacion como granos de pimienta, hemos conservado fielmente lo que mas nos agrada es lo de: morir de él. Si habrá concebido Da. Marcelina Almeida á su héroe Claudio bajo la figura de un cólico, de un sarampion, de un delirium tremens, de un lumbago ó de un reblandecimiento cerebral? No hay duda que si Inés se tragase á Claudio moriria de él, así como el lector muere de ella, esto es, de la novela.

3.—«Cuatro eran las habitaciones de aquella casa. Claudio y un doméstico solamente, se encerraban en ellas; y el saloncito de recepcion era un idilio (de la poetica y dulce imaginacion de Prado.)»

De este párrafo deducimos que hay cuatro Claudios y cuatro domésticos para encerrarse en las cuatro habitaciones, ó que cuando menos tenían la virtud de reproducirse así como Da. Marcelina tiene la virtud de convertir los salones en idilios y los hombres en enfermedades ó medicinas. Lo que nos parece un verdadero idilio, pero no de Teocrito ni de D. Claudio Prado, es el romanticismo á la gineta de la célebre novelista.

4.—«Claudio por su parte, era un joven de veinte y cinco años; alto, de color pálido, cabellos rubios, ojos azules y una boca espresiva y franca como la boca de un bueno.»

Hasta ahora creíamos que la boca de los buenos era lo mismo que la de los malos; pero sin duda ninguna la novelista ha encontrado alguna diferencia parecida á la que existe entre una oreja de pollino macho y otra de pollina hembra, estilo Almeida.

5.—«Mugeres, mugeres! decia como así alguna muger le escuchara el sarcasmo, así quiebran el divino cristal de la esperanza! Así seducen para dar la muerte! El hombre crédulo y ciego se arrastra como un cobarde entre el chumo de la mentira y el dolor de la verdad sin fuerzas para anonadarlas (para maldecirlas!)»

¡Bravo Marcelina! acabais de hacer nos tres descubrimientos: el uno que la esperanza es de cristal. ¡Cuidado Marcelina con la tuya, pues si los muchachos saben que has dicho semejante

cosa te la harán pedazos á pedradas. El otro descubrimiento es el de que la mentira tiene humo, lo que prueba que debe ser alguna fogata de paja tobera. El último descubrimiento es el de que la verdad tiene dolores. Si la verdad tiene cabeza y ha leído la primera entrega de la novela que nos ocupa, estamos ciertos que su dolor ha de ser de testa.

6.—«Los amantes ciegos no saben que detrás del altar nupcial suele encontrarse una mortaja para algunas, una careta irrisoria para otras: un delito y una traicion para tantas mas.»

Decidilamente esta Da. Marcelina es un antitesis del matrimonio. No os caeis niñas porque detrás del altar, ó de bajo de la cama, vais á encontrar mortajas, caretas, cuchillos, puñales, delitos, traiciones, y tantas cosas mas.

Tened cuidado cuando os halléis en los brazos de vuestros esposos, tened cuidado os repito, porque puede aparecerse allí la careta de Da. Marcelina con su color de caña mariposa. (plagio á la autora) su nariz de cachemira verde mar (otro plagio á la misma) y su boca de redingote (y concluye el plagio).

7.—«¡Hija mia, los padres somos como los cimientos de una casa: si faltamos la casa cae. Los hijos que ven desaparecer sus padres, quedarán espuestos á todos los sinsabores y los peligros de una vida larga y caprichosa, en lucha con el ardor de la debilidad de sus pasiones.»—En primer lugar la comparacion de los padres á los cimientos de una casa, no solo es contra todas las reglas de la Retórica, sino tambien ehuacana y embustera pues no hay razon para que la casa caiga por que los padres mueren. Solo que Da. Marcelina pretenda hacer eternos á los viejos y eternos á los jóvenes.

Respecto al segundo periodo quedamos en ayunas si las pasiones de que habla la autora pertenecen á los padres ó á los hijos. De tal modo confunde la novelista las frases y los pronombres.

8.—«Si alma mia! veo tu devoto cariño y todo lo espero de tí! es verdad que todo lo puedo esperar de tu amistad hija? alargó sus manos palidas hasta tocar la frente de su hija. Ines con la palabra mojada en lágrimas reponció.»

Perdonemos lo del devoto cariño y lo de la amistad y estudiemos lo de alargar las manos. Si la hija estaba distante de la cama una vara seria cosa de ver al pobre viejo Picoti con manos de á vara; Doña Marcelina quiere decir tendió sus manos. ¿Y lo de la palabra mojada en lágrimas? Usando de la misma libertad podriamos decir: Cuando Doña Marcelina escribió esta frase tenía la inteligencia mojada en agua salada, ó estaba convertida en una jaula, de la que se escapó su pájaro llamado palabra mojada.

Vamos ahora á dar algunas muestras de la nueva construccion gramatical que ha descubierto Doña Marcelina:—1.ª «Solo recogió la palabra en su testo»—2.ª «Clavando sus grandes ojos, en los ojos fijos en ella de su padre, enfermo, amarillo como un idolo de cera.» No queremos citar mas porque seria nunca acabar. Volvamos á los párrafos.

9.ª «Como era de esperarse, volvió en su acuerdo al cabo de un rato por medio de aplicaciones convincentes: pero, como no era de esperarse, Ines presentia una fiebre violenta.»

Apesar de nuestra seriedad no podemos menos de reirnos (que habrá querido decir Da. Marcelina con eso de aplicaciones convincentes? ¡Caramba! esto es mas que serio... y á nosotros nos causaba risa! pues no es nada aplicaciones convincentes! Si habrán sido como las que le aplicaron los aldeanos á D. Quijote cuando atropelló el rebaño de ovejas, del mismo modo que doña Marcelina atropella el buen sentido?

Cansadas, fatigadas, estropeadas, mortadas, hastiadas cerramos la entrega en la página 21, sin intenciones de volverla á abrir; pero una amiga entra por la puerta de nuestro cuarto, toma el cuaderno, lo abre en la pagina 43, empieza á leer y tropieza con estos cascotes del estilo Almeida.—Marcelina.

—«1 Después de haber hecho, un pedazo de camino bien melancólico, de cierto.—2 Lemaitre é Ines se detuvieron tambien como si fueran refracciones de aquella masa que parecia formar un solo cuerpo.»—3 Lemaitre retirado en su habitacion se habia quedado como perdido en una atmósfera sin luz donde la retina podia llegar á suponer, la imposibilidad de dar forma á las figuras de la percepcion; completamente «sombria.»

Nuestra amiga cerró el cuaderno. Estos son disparates, dijo, pero disparates como nunca he visto. Vuelve á abrirlo maquinalmente, fijó los ojos en los últimos renglones, salta de la silla, mira el cuaderno y dice: me he quedado como una metáfora de Ovidio.— ¿Que es eso, amiga, le preguntamos.— Es que nos respondi, acabó de leer lo siguiente: «Claudio que se habia quedado como una metáfora de Ovidio, subyugado bajo el poder de uno de los tantos Dioses de su cielo, y esperando un momento á otro ser convertido en algo que no fuera su propia especie.»

Nosotras, si tuviésemos el poder de Júpiter, convertiriamos á Da. Marcelina en jumento como le sucedió á la hija de Chiron por haberse metido en lo que no sabia.

La novelista quiso decir metamorfosis, pero arrimó metáfora.

¡Ella si que es una verdadera metáfora pero no de Ovidio sino de algun Centauro ó de algun Ciclope Polifemo: Marcelina:

«Seguid, seguid marchando Al templo de Minerva; Sino recibis lauros, Con un buen cogotazo»